

universitario cuya elevación a los altares cabe esperar, Ludovico Necchi, veía en Ferrini lo sobrenatural bajo la apariencia de lo puramente humano. «Un día—narra el Dr. Oggioni—, acompañado de mi condiscípulo y amigo queridísimo Ludovico Necchi, me encontré con Ferrini, que a nuestro saludo respetuoso respondió con la máxima cortesía y con aquella sonrisa tan dulce que le era habitual. El profesor se alejó, pero Necchi, movido por un hondo pensamiento, poniéndose serio, me detuvo un instante y, mirándome fijamente, exclamó de pronto: —*¿Ves aquel hombre? ¿Qué tiene de especial? ¡Y sin embargo es un santo!*».

A la muerte del profesor insigne pudo encontrarse la clave de lo que en definitiva era un secreto a voces. Los escritos religiosos de Contardo Ferrini, que sólo muy pocos de sus íntimos conocían, constituyeron una elocuente confirmación. En aquellas cartas dispersas, en aquellos opúsculos inéditos, se revelaba la clave de su conducta.

Entre estos escritos hay uno que nos muestra, singularmente, la intimidad espiritual de Ferrini. Se trata de unas notas personalísimas que, a diferencia de otros de sus escritos religiosos, no estaban destinadas a ser conocidas ni siquiera por sus amigos íntimos. Es lo que se ha llamado su *Reglamento de vida*, una especie de aquellos propósitos que suelen formularse al hacer unos Ejercicios espirituales, y en él nos descubre el puro anhelo sobrenatural que movía a Ferrini.

Mas, a nuestro modo de ver, el mérito extraordinario no está en haberse trazado ese reglamento de vida, sino en haberlo cumplido con fidelidad perfecta. A nadie le faltan ideas y sentimientos nobles, propósitos generosos, intenciones admirables. Pero no todos sabemos salvar ese gran trecho que la filosofía popular dice, ciertamente, que existe entre el dicho y el hecho.

El valor ejemplar de Ferrini radica, precisamente, en haber sabido mantenerse fiel a sus propósitos, no sólo en las tareas de altos vuelos, sino en la cuidadosa guarda de las pequeñas, pero fundamentales, cosas. Porque es frecuente servir con entusiasmo las causas grandes y extraordinarias, pero no lo es tanto cumplir con el mismo fervor la obligación pequeña y gris.

En el huerto del Señor no sólo hay cedros inabarcables que elevan su copa hasta las nubes, hay también rosas encendidas, pequeñas violetas o hierbecillas insignificantes, y todos cantan igualmente sus alabanzas al Creador.

• La santidad no estriba en las grandes empresas o en las ideas

